



Una guerra todas las guerras: el viaje a la barbarie de Juan Goytisolo

María Soledad Silvestre

Universidad de Buenos Aires

sol_silvestre@yahoo.com.ar

Resumen

En *Cuaderno de Sarajevo*, Juan Goytisolo reconstruye un escenario de guerra que trasciende el referente: aquel “viaje hacia la barbarie”-como reza el subtítulo- recupera múltiples voces, escenas, personajes fácilmente reconocibles en cualquier enfrentamiento bélico de la historia. El lector entiende que no es una obra de ficción: autor y narrador se confunden en el nombre de Goytisolo; su profesión, su vida personal, sus afectos, sus imágenes (se incluye una serie de fotografías que muestran al autor en el escenario descrito) son puestos en primer plano como parte fundamental de la construcción de un género -el de la crónica- que exige anclar en la realidad. Es, sin embargo, el mundo de Sarajevo un mundo que se construye en clave ficcional: un mundo parecido a la realidad efectiva, pero alternativo al mundo objetivo. Así se representa el escenario como si fuera la repetición caótica de muchos otros: la Guerra Civil española, la indiferencia de las instituciones internacionales, las distancias étnicas, políticas y económicas de ayer y hoy son algunos de los referentes que el autor utiliza para construir una memoria colectiva, intemporal, única y universal, que nos permite viajar -movernos, proyectarnos, avanzar- en la inmovilidad, la iteración y el retroceso.

Palabras-clave: Sarajevo - ficción - historia - género - memoria

Juan Goytisolo ha sido desde sus primeras publicaciones un autor controvertido, ostensiblemente “incómodo” para algunos actores sociales o políticos -toda su obra fue censurada en España entre 1963 y 1975 y él mismo ya se había autoexiliado a París en 1957-, o por lo menos difícilmente confiable aun en nuestros días para algunos agentes de la cultura: muchos se siguen preguntando (Carlos Fuentes lo ha denunciado públicamente) cómo es posible que un escritor de la envergadura y el prestigio de Goytisolo, cuya obra ha recorrido el mundo y ha sido reconocida en el exterior con premios tan importantes como el Juan Rulfo, el Nelly Sach, el Europalia de Literatura, el Octavio Paz, no haya recibido nunca el Premio Cervantes en su país natal. Y aunque él mismo ha declarado en más de una oportunidad que se ha reconciliado con España y la barcelonesa Galaxia Gutemberg acaba



de publicar sus obras completas -la mayor parte fueron editadas por primera vez fuera de España- Goytisolo vive por elección en Marrakech y cada tanto hace alguna declaración incendiaria que le genera nuevas hostilidades; aunque por cada enemigo que gana una legión de nuevos lectores (o relectores, como él aspira) lo sigue. Goytisolo se ubica siempre en las márgenes, sobre la frontera misma que delimita culturas, siempre ajeno al discurso centralista de turno. En él viaje y escritura se funden no ya como mera analogía sino como una suerte de reciprocidad y comunión: no existe su escritura sin el viaje y no puede viajar sin escribir. Si todo viaje sirve como andamiaje narrativo¹, Goytisolo se preocupa por evitar - en términos de Genet, y lo ha declarado varias veces- el viaje lineal del autobús y ofrecernos siempre una aventura, aun frente a escenarios que mueven más al silencio y a la inmovilidad. Y digo esto pensando en algo que sostuvo Walter Benjamin (1986), refiriéndose a la Primera Guerra Mundial: contaba que los hombres volvían mudos a sus trincheras, no más ricos sino más pobres en experiencias transmisibles, se había roto esa red que por cientos de años había ligado una generación tras otra, aquel hilo narrativo a través del cual el saber de la experiencia era transmitido. En sus orígenes, a través del marino mercader y el viejo sedentario, dos figuras -nos dice Benjamin- que tienen alguna forma de distancia con lo vivido y que se conjugarán luego en el espacio de los talleres artesanales medievales, escenario en el cual se encontraban el maestro sedentario y los discípulos vagabundos. Allí estaba la noticia lejana, que el peregrino traía a su hogar, con las noticias del pasado. Aquellas eran las condiciones ideales de escucha para una narración: el ritmo del trabajo artesanal, el oyente olvidándose de sí mismo y aprehendiendo la narración para poder transmitirla a su vez después. Goytisolo como aquellos peregrinos de antaño, nos transmite su experiencia desde la distancia pero el escenario es bien distinto al de los talleres medievales: cuando viaja a Sarajevo en 1993 -instando por su amiga Susan Sontag, a quien le dedicará más tarde *El sitio de los sitios* “porque me (lo) condujo a la ciudad”- y se instala en la ciudad sitiada, Goytisolo debe adaptarse al ritmo de la guerra, no olvidarse ni por un minuto de sí mismo porque los francotiradores acechan por doquier y escuchar las narraciones no ya ordenadas, largas y pausadas, sino caóticas y fragmentadas de quienes, cual Scherezadas, sienten que en ese relato está su salvación, para narrarlas luego desde el lugar del que está afuera, ajeno al escenario aunque materialmente sea indisoluble a él. En Goytisolo los lectores perciben la relación entre viaje y escritura que nos explica Martín Caparrós en *Larga distancia* (1992):

¹ Dice Ricardo Piglia: “En definitiva, no hay más que libros de viajes o historias policiales. Se narra un viaje o se narra un crimen. ¿Qué otra cosa se puede narrar?” (Piglia, 1993)



Viajar para contarlo: el temor de que ya no pueda viajar sin la excusa de un relato futuro. Ese relato como amenaza que obliga a una intensidad de la mirada, que me obliga a mirar lo que no miraría. Y la sospecha de que cualquier viaje sin esa amenaza sería de una levedad insoportable. Que no tendría sentido. (Caparrós, 1992)

La guerra presenta para el narrador, además, un desafío extra: no se trata sólo de agudizar la mirada, sino de sobrevivir para contarlo, de conseguir también que esa escritura tenga un efecto redentor sobre los oprimidos, de hacer que ese relato valga la pena y confundir de este modo la frontera que separa la ficción de la no ficción. Una guerra -y no solo para las partes involucradas- implica una toma de posición, un movimiento, un llamado a la acción. Una guerra puede llevarme al exilio si quiero alejarme del lugar de conflicto o, al contrario, puede trasportarme desde el lugar seguro donde estoy hasta la zona de confrontación para convertirme en actor de la escena y desempeñar un determinado rol: ser un soldado, un mediador político, un corresponsal, son algunas de las opciones posibles. Puedo, así, apropiarme de un espacio que aunque fuera ajeno me redefine como individuo, como ciudadano o como extranjero, como partidario o como detractor: en un escenario de guerra necesariamente tomo partido; aun cuando me exilio tomo partido y en este sentido se retoma la imagen de movimiento, de acción, que está implicada en el viaje. El viaje me pone en movimiento, la guerra también. La voz del corresponsal de guerra es una voz extranjera pero en Goytisolo la "otredad" que ve en la gente de Sarajevo parece convertirse en un reflejo de sí mismo. Si el corresponsal es un cronista, si tiene que despojar su voz de cualquier artificio de estilo en pos de la objetividad y la necesidad de ofrecer la cruda verdad a quienes están del otro lado del mundo y quieren ver a través de sus ojos la guerra que está tan lejos, si es la voz colectiva del extranjero que permanece ajeno al conflicto, si solo puede anclarse en el presente porque para eso ha viajado, la voz narrativa que vive en *Cuaderno de Sarajevo* no es la voz de un cronista. La voz de *Cuaderno...* se parece más a la voz que recoge el relato épico: al héroe que deja su país de origen, conocido y seguro, para adentrarse a un mundo caótico e impredecible, lo que indudablemente generará en él una transformación. A su regreso, ese héroe-corresponsal será otro, como individuo, como ciudadano y como profesional será otro. Y en este sentido están implicados su pasado y también su futuro. Este narrador anclado en la impronta no ficcional y el presente por un lado -que le exige la crónica- y en la fábula heroica y lo intemporal por el otro es el narrador que encontramos en *Cuaderno de Sarajevo*. Un narrador que se construye a sí mismo como



periodista, escritor y ciudadano del mundo, que se presenta con el mismo nombre que el autor explícito de la obra: Juan Goytisolo, como siempre parado en la frontera, en el límite, en la provocación. Si por un lado en la crónica periodística narrador y autor confluyen y se reconocen como una misma persona material, en la narrativa ficcional -ya Roland Barthes, Michel Foucault y Jacques Derrida, entre otros, lo han señalado desde los sesenta- la autoría se convierte en el espejismo de la propiedad intelectual, y la figura del autor se transforma en una mera marca de origen o género. Difícilmente podamos clasificar genéricamente una obra como *Cuaderno de Sarajevo*, en la que la crónica, el ensayo, el relato testimonial, el diario personal manuscrito y la novela se confunden. Juan Goytisolo es en la obra autor, narrador, oyente y personaje y esta multiplicidad de roles le permite ofrecer una mirada plural sobre el sitio de Sarajevo. La impronta ficcional se construye desde la técnica y el estilo pero también desde el referente: lo que nos cuenta Goytisolo son hechos veraces pero paradójicamente inverosímiles.

El construirse para sí mismo tantas identidades le permite, además, ser otro sin resultar ajeno a aquello que ve, y esto no es algo que sea privativo de *Cuaderno de Sarajevo* sino de su obra en general y también de su vida: dice de sí mismo en *Coto vedado* (1985): "Castellano en Cataluña, afrancesado en España, español en Francia, latino en Norteamérica, nesraní en Marruecos y moro en todas partes; no tardaría en volverme, a consecuencia de mi nomadeo y viajes, en ese raro espécimen de escritor no reivindicado por nadie, ajeno y reacio a agrupaciones y categorías". En *Cuaderno...* Sarajevo no es asediada únicamente por los extremistas serbios: son ellos que bombardean desde las montañas, es la fuerza internacional de interposición que favorece claramente a los asediadores contra los asediados, es la complicidad de los mandos franceses, la no distribución de alimentos, las amenazas de represalias, la corrupción, el contrabando, la prensa que no ofrece un reflejo de la realidad sino un relato parcial y tendencioso. Y nada de esto, nos hace pensar el autor, ha faltado en ninguna guerra de la historia. La de Sarajevo es una repetición de otras guerras: hay ecos de la guerra del Golfo, de la guerra civil española (esta por sobre todo), de la I y la II guerra mundial... La ficción a Goytisolo le permite despojarse de la indignación, del enojo, de la impotencia que le genera el tener que aceptar la impostura de un discurso neutralizador que para nada es neutro porque las agencias de información imponen las reglas. Lo lleva a su máxima expresión en *El sitio de los sitios* pero también lo hace en *Cuaderno...*: junto a la crónica cruda y veraz minuciosamente fundamentada en la enumeración de fuentes, fotografías, aclaraciones exhaustivas que van más allá de al pie, el discurso literario también aflora: a través de la



aliteración, las metáforas escalofriantes, las bellísimas imágenes que contrastan con el paisaje desolador que ellas mismas evocan, la riqueza léxica que pone de manifiesto la erudición del autor, rescatando siempre palabras olvidadas, perdidas y censuradas, la intertextualidad que acerca las voces del pasado y le permite construir así una mirada distinta sobre el presente. Goytisolo usa la literatura para exponer la brutalidad humana y la incapacidad de la mejora moral de nuestra especie: lo hace en *Cuaderno...* y en *El sitio de los sitios*, pero también en *La cuarentena*, en *Argelia en el vendaval*, en *Ni guerra ni paz*, en *Paisajes de guerra con Chechenia de fondo*, entre muchas otras de sus obras. Así, mientras describe la guerra de Sarajevo nos muestra a su vez la Guerra Civil española, lo que recupera no sólo la historia de su país al que ya no reconoce como propio sino también su propia historia, la personal: uno de los episodios más conocidos de la vida de Juan Goytisolo, y más recordados por él, es el momento en el que su madre desaparece de su vida, en plena Guerra Civil. Él se imagina a sí mismo diciéndole adiós desde la ventana de su habitación o al menos viéndola partir, aunque quién sabe si eso -reconoce el autor- es sólo un recuerdo construido para pensar que hubo una despedida. La mujer había ido a visitar a sus padres a Barcelona desde Viladrau, pueblo en el que había una gran colonia de refugiados y donde ella estaba viviendo junto a su marido y sus cuatro hijos. Su costumbre era ir a ver y acompañar a sus padres cada dos o tres semanas, pues la pareja se había quedado sola en la ciudad tras la marcha de familiares y amigos a zonas más seguras ante los ataques aéreos. Aquel 17 de marzo de 1938, salió de casa al alba. Fue a la estación y fue como ir, nos dice Goytisolo en *Coto vedado*: «hacia la ausencia definitiva de nosotros mismos y de ella: la abolición, el vacío, la nada». Su vida personal y cómo es atravesada ésta por la guerra la vemos también reflejada en *Viajes al mundo islámico*, en *Estambul otomano*, en *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*, en *El sitio de los sitios*, donde vemos a una mujer, madre de familia bella y eternamente joven, tocando a Brahms en el piano oculta entre las ruinas. Y la Guerra Civil no sólo le trae el recuerdo de su madre (o mejor dicho de su desaparición) sino también el origen de una fascinación que lo definirá como hombre y escritor. En alguna entrevista explicó que su interés por el mundo islámico (que tanto ha incomodado a muchos de sus colegas) empezó justamente con la Guerra Civil española: la imagen de la llegada de los moros a la zona republicana de los refugiados y la de la guardia mora del general Franco, acompañada por una propaganda colonialista española sobre Marruecos, despertaron en él el interés por lo desconocido. Ese interés se volvería después en África militancia, tras actuar como testigo de todas las persecuciones, los asesinatos y las redadas de los norteafricanos por la policía francesa, algo que lo llenó de indignación y lo



empujó a tomar partido a favor de la independencia de los países del Magreb. En *De a la ceca a la Meca* Goytisolo se queja de los estereotipos y clichés que los medios de información han impuesto a la mentalidad de los jóvenes y mayores en Occidente sobre el mundo islámico. Nos dice que durante siglos los musulmanes han sido presentados como seguidores fieles a una falsa Trinidad, Mahoma se ha construido como un impostor y el Paraíso ha sido caracterizado como un burdel; y nos invita a abrir las páginas de la historia para comprobar personalmente la utilización sistemática de una terminología de doble sentido: valorizadora cuando se refiere a los cristianos y despreciativa en cuanto a los musulmanes. El mismo manual que demuestra detalladamente las crueldades de los sultanes otomanos oculta, a la vez, los autos de fe de la Inquisición o el terror de las revoluciones cristianas. Lo mismo denuncia su amiga Susang Sontag en su ensayo *Esperando a Godot en Sarajevo* cuando se pregunta por qué los artistas y escritores extranjeros que se tienen a sí mismos por políticamente comprometidos no se han ofrecido a hacer algo a favor de Sarajevo: “la razón de fondo es una falta de identificación, impuesta por la palabra de moda *musulmán*”.

Así, *Cuaderno...* revela la continuidad de un pensamiento: Goytisolo ofrece una lúcida crítica al poder y apuesta por la tolerancia y la complejidad cultural. La injusticia en Sarajevo es un reflejo de otras guerras, sí, pero también producto de la indiferencia de los espectadores o, peor, de los que ni siquiera quisieron voltearse a mirar, porque como reza el epígrafe de Antonio Machado que abre sus anotaciones del viaje a la barbarie que fue Sarajevo, “la brevedad del camino en nada amengua el radio infinito de la injusticia”. Este tipo de verdades que nos hace sentir -incluso a los lectores- hipócritas y culpables por el mundo que nos rodea es probablemente lo que tanto incomoda de este autor: leer a Goytisolo nos hace reflexionar sobre nuestros mundos reales e imaginarios, nos invita a revisar nuestros preconceptos y (como reza el título de una de sus obras) nuestras señas de identidad. Si a él se lo ha presentado oficialmente como novelista latino, escritor morisco, intelectual multicultural y desterrado español, no permanecen sus lectores ajenos a esta pluralidad: leer a Goytisolo es emprender un viaje, no de ida y vuelta, lineal y seguro, sino ese otro tipo de viaje que nos transforma y nos redefine como individuos. Goytisolo nos presenta un mundo de ficción en el sentido de que escapa de los criterios habituales de verdad o falsedad y responde a la lógica del *como* o del *como si*. Es un mundo, en suma, al que cabe exigir únicamente una coherencia interna. La realidad efectiva no es más que el material que el arte transforma y convierte en realidad de ficción: así, se representa el escenario -digamos por caso, Sarajevo- como si fuera la repetición caótica de muchos otros,



lo que nos revela una realidad más profunda y perturbadora que la efectiva. Se trata en definitiva de la materialización de aquella imagen que el mismo Goytisoló evocó al presentar *El sitio de los sitios*: “Solo la verdad de la ficción puede oponerse a la mentira oficial”.

Bibliografía

Alonso, G. y J. Gordon (2004). “Juan Goytisoló: un escritor entre dos fronteras”, en *Revista de la Universidad de México*, N° 4.

Benjamin, Walter (1986). “El narrador: Consideraciones sobre la obra de Nicolai Lesskov”, en *Sobre el programa de la filosofía futura*, Barcelona, Planeta Agostini.

Caparrós, Martín (1992). *Larga Distancia*, Buenos Aires, Planeta.

Fawzi Shafik El Sharkawy (2000). *La visión del mundo árabe en la narrativa de Juan Goytisoló*, en: *Tesis doctorales en red* (<http://www.tdr.cesca.es>), Universidad de Murcia.

Goytisoló, Juan (1994). *Cuaderno de Sarajevo*, México, Aguilar.

Goytisoló, Juan (1995). *El sitio de los sitios*, México, Aguilar.

Goytisoló, Juan (1985). *Coto vedado*, Barcelona, Seix Barral.

Goytisoló, Juan (1997) *De la ceca a la meca*, Madrid, Alfaguara.

Piglia, Ricardo (1993). *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Fausto.

Sontag, Susan (2007). *Cuestión de énfasis*, Madrid, Alfaguara.

Datos de la autora

María Soledad Silvestre. Licenciada y Profesora en Enseñanza Media y Superior en Letras (Universidad de Buenos Aires). Diplomada en Educación y Nuevas Tecnologías (FLACSO). Docente en la Facultad de Ciencias Sociales y el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, donde coordina talleres de escritura. Autora de manuales escolares, textos de divulgación y artículos académicos en diversas editoriales.

